1

233449

LA NOVELA D

BIBLIOTECA
MADRID
CIONAL

Pita

Amalia la Palo Santo

POR JOAQUIN BELDA

1

233449

47/1504287

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de diciembre de 1924 Núm. 19

Amalia, "la Palo Santo"

POR

JOAQUIN BELDA

Ilustraciones de PUIG

UNA PESETA

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MADRID

SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)

Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.

1 9 2 4

El Caballero Audaz

NUEVAS EDICIONES

de sus siguientes obras:

I *La Virgen Desnuda.*
II *Desamor.*
III *De Pecado en Pecado.*
IV *El Pozo de las Pasiones.*
V *La Bien Pagada.*
VI *Emocionario.*
VII *La Sin Ventura.*
VIII *El Divino Pecado.*
IX *Con el pie en el Corazón.*
X *San Sebastián* (Diario de un veraneante.)
XI *Hombre de Amor.*
XII *Un Hombre Extraño.*
XIII *En Carne Viva.*
XIV *Una cualquiera.*
XV *Horas Cortesanas.*
Del XVI al XXV. *Lo que sé por mí* (Diez volúmenes de interesantísimas interviús).
XXVI *El Jefe Político.*
XXVII *... A Besos y a Muerte.*
XXVIII *Los Desterrados.*

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y AMÉRICA

R 3221907

—¡Pum!

—¡Prorrompum!...

—¡Patatras! ¡Plas!

—¡¡Broooum!!...

El taburete, después de rodar los sesenta y tantos escalones que separaban aquel piso principal del nivel de la calle, llegó a la entrada y se detuvo contra la mampara de cristales.

—¡Qué animales!

Esta afirmación filosófica salió de los labios—antes había salido del corazón—de Amalia Gutiérrez, mujer de mundo, en el más amplio sentido de la frase, y a la que

todo el mundo en Madrid llamaba *la Palo Santo.*

Entraba ella de la calle en el preciso momento en que el taburetito, escapado de las manos de uno de los mozos que hacían la mudanza, caía escaleras abajo y venía a detenerse cuando ya no encontraba superficie en que rodar. Su dueña lo alzó del suelo, y como pesaba poco, lo llevó a pulso hasta el ascensor, metiólo en él y entró ella también.

Medio minuto después ama y mueble llegaban ante la puerta del piso.

—Ya podían ustedes tener más cuidado. ¿O creen ustedes que los muebles no cuestan el dinero?

Uno de los gallegos que hacían la mudanza, al verse increpado de aquella forma, dijo en voz no muy alta y como si hablase consigo mismo:

—¡Para lo que a ti te cuesta ganar el dinero!

La Palo Santo no le oyó o hizo como si no le oyera. Entró en la casa y se fué derecha al comedor.

Es decir, a la habitación que con el tiempo sería comedor: hoy no era más que una especie de anejo del Hotel de Ventas, con algo de sucursal del puesto del señor Pantaleón en la Ribera de Curtidores.

En el centro de la estancia había tres cajas de sombreros, dos de madera y una de cartón; por debajo de la tapa de una de las primeras asomaba un paraíso, un poco ajado, y de la otra se escapaba la cabecita de un "renard" que tenía en la mirada esa fijeza de los alucinados y de los ciegos de teatro; en un boquete abierto en la pared de la sombrerera de cartón salía a respirar aire una especie de bolita de algodón que lanzaba unos mugiditos: era un cachorro de lulú, blanco y cebón como una albondiguilla de nieve.



... una especie de anejo del Hotel de Ventas...

En un rincón había un piano, y encima de él un claxon de automóvil; sobre la caja de un gramófono, que parecía un féretro de caoba, se veían unos pantalones de señora; encima de un rimero de platos puestos en el suelo ante el balcón había un tintero, y dentro de una jaula grande de barrotes dorados habían colocado un martillo.

En la mayoría de las catorce habitaciones de la casa el espectáculo era el mismo: una mezcla de aduar y montón de trastos instalados en la calle como consecuencia de un desahucio. Dos o tres estancias estaban aún vacías, bien es verdad que faltaba aún descargar un carro de muebles.

Amalia, al entrar en lo que sería comedor se quedó parada ante la puerta como en el dintel de una duda: su indecisión era la misma de la persona que se encuentra en la encrucijada de un laberinto. Decidióse al fin,

fué como una flecha al montón de las sombrereras, separó a patadas las que le estorbaban y extrajo al cachorro de su encierro.

¡Hola, *Pirandello!* ¡Ven acá, *Pirandellín* mío! Ven con tu amita, ven...

Y como quien se guarda un pañuelo diminuto después de haber hecho uso de él, se metió al animalito en el seno, por debajo del borde pectoral de la blusa color fresa.

Cumplido aquel deber maternal, *la Palo Santo* cruzó un pasillo y atravesó dos estancias más: en todas ellas hubo su poco de *steplee-chasse,* su miaja de alpinismo y de carrera de obstáculos para sortear los muebles, trastos y cachivaches que había por doquier. Al fin Amalia se detuvo con cierto respeto ante una gran puerta de dos hojas, de cristales menuditos y esmerilados.

Al otro lado de ella se oían unos golpes, unos murmullos de la llama alcohólica que



... se metió al animalito en **el seno**...

luce en la lámpara de un plomero o soldador, arrastre de piezas metálicas..., todos esos ruidos que se notan en las proximidades del cráter del Vesubio.

Y entre ellos la voz atenorada de alguien que con el cigarro en la boca—lo del cigarro se notaba en la manera de frasear—cantaba aquello del galán en *Los gavilanes*:

"Soy joven y enamorado,
nadie hay más rico que yo..."

Amalia escuchó un momento, estrujó aún más a *Pirandello* contra su pecho, y agarrando el manillar dorado de la puerta de cristales fué a abrir.

—Espere, espere—gritó una voz desde dentro.

Se notaba que quitaban un obstáculo colocado ante la puerta, y al fin ésta quedó libre.



... se detuvo con cierto respeto ante una gran puerta...

La estancia era un enorme cuadrado de luz, pero de luz bañada en una atmósfera blanca y lechosa, como la de las salas de operaciones de los hospitales modernos.

Tenía dos huecos al exterior, dos balcones que daban a un jardín de la calle de Olózaga, y que libres de puertas habían sido convertidos en dos troneras captadoras de luz gracias a dos vidrieras de una sola pieza que bajaban al nivel del suelo.

El techo, sin aristas en su unión con los muros, matados los ángulos, como todos los de la estancia, era de ese estuco amarillento-chantilly que tanto abre el apetito: en el

centro había un florón de níquel y de él pendía un globo enorme de cristal, que encendido debía derramar una luz semejante a la del gabinete de un fotógrafo.

Desde la mitad de la pared empezaba un zócalo de baldosín brillante que llegaba hasta el pavimento: todo era blanco allí, pues hasta el brillo del níquel daba esa impresión de blancura metálica que dan las cucharillas recién salidas de la fábrica.

Tres hombres trabajaban en la instalación de la pieza. Uno de ellos, enfundado en un blusón azul, manipulaba, provisto de una lámpara de soldar, en un nudo de cañerías que horadaban el pavimento en un rincón de la estancia; otro, ya viejo, y con un cigarrillo de papel pegado al labio inferior, frotaba con una piedra el borde de la bañera de mármol, que por el tamaño parecía una carroza del Carnaval de Venecia; el tercero, aunque

parecía que no estaba haciendo nada, realizaba allí el cometido más importante. Provisto de un metro tomaba unas medidas, hacía unas apuntaciones en un papel, y de cuando en cuando se quedaba un rato largo mirando al techo como haciendo sus cálculos.

A éste—grueso y muy calvo él—se dirigió la dueña de la casa:

—¿Han traído el aparato de duchas?

—Esta tarde sin falta lo traen, señorita.

—¡Sin falta!...

—Así me lo han dicho!

—Pero es que eso mismo llevan diciéndolo un mes.

—Sí que han estao un poco pesaos.

—¿Un poco?

—Pero es que fíjese que también el aparato de duchas que ha encargao la señorita se las trae.

—Mi dinero me cuesta.

—Eso desde luego. Pero ¡hay que fijarse! Que treinta y cinco grifos son muchos grifos.

—Yo no tengo la culpa de que el cuerpo humano tenga treinta y cinco sitios distintos a los que deba llegar el agua con presión. Usted comprenderá que para darse la ducha corriente del chorro del agua por la cabeza basta con una regadera.

—O con ponerse en la calle a pelo en un día de lluvia.

Esta última consideración la había hecho el anciano que frotaba sin descanso el borde de la bañera. Para hacerla no interrumpió su trabajo. Amalia, muda, le lanzó una mirada que parecía querer decir:

—¿Y para lanzar una idiotez semejante se ha molestado usted en abrir la boca?

Iba la dama comparando, in mente, el avance del trabajo de aquellos hombres des-

de su última visita, que había tenido lugar la tarde anterior. Los progresos no eran muy apreciables: por lo visto iba a tardar un rato largo todavía en ver realizado su sueño.

Porque se trataba de un sueño, no otro nombre merecía su proyecto de cuarto de baño, que parecía formulado en una noche de calentura oriental.

Amalia Gutiérrez, hija de padres humildes, que vivían en una aldea de la alta Andalucía, no había tomado su primer baño completo hasta los quince años de edad. No fué suya la culpa: una noche, volviendo a su casa de los alrededores del pueblo, donde la habían mandado a coger hierba para los conejos, la sorprendió un aguacero tan formidable, que cuando llegó al hogar paterno tuvieron que secarla el cuerpo con una esponja.

La chica recordaba siempre, y recordaría



... la sorprendió un aguacero tan formidable...

toda la vida, la sensación de agrado, de caricia picante que produjo el agua del cielo al pasearse por su piel, que era un muestrario de cascarrias. Aquella noche, en la cama, le pareció que todo su organismo había cambiado, que un ángel bueno dormía con ella, haciendo más apacible su sueño.

Su padre era guardador de puercos, dicho sea sin ofender las creencias de nadie, y su madre participaba de la idea, tan arraigada aún en muchas capitales de provincias españolas—que a lo mejor poseen una catedral que quita el sueño por lo artística—, de que la mujer que se lavotea el cuerpo es porque previamente ha hecho donación de él al demonio.

En esas condiciones, ¿cómo había de intentar la chica hablar siquiera en su casa de nada que con el agua se relacionase? Limitábase a salir a la calle en los días de lluvia

y procurar permanecer bajo el chorro celeste el mayor tiempo posible.

Pero en la aldea donde Amalia habitaba llovía muy poco, y un día—teniendo ya la moza diez y ocho años—ocurrió lo inevitable. Un señorito, sobrino del señor cura, que llevaba algún tiempo rondando sin éxito a la hija del guardador de puercos, la propuso seriamente la fuga, ofreciéndola llevarla a Málaga a tomar baños de mar..., y Amalia se rindió.

Durante quince días zambullóse cuarenta y cinco veces en el añil salino del Mediterráneo, de donde tenían los bañeros que ir a extraerla echándole una cuerda al cuello, porque la chica no quería salir ni a tiros. Al terminar la quincena hidroterápica, el sobrino del señor cura se ausentó, dejando abandonada a la cordera en la fonda donde se habían hospedado.



... zambullóse cuarenta y cinco veces...

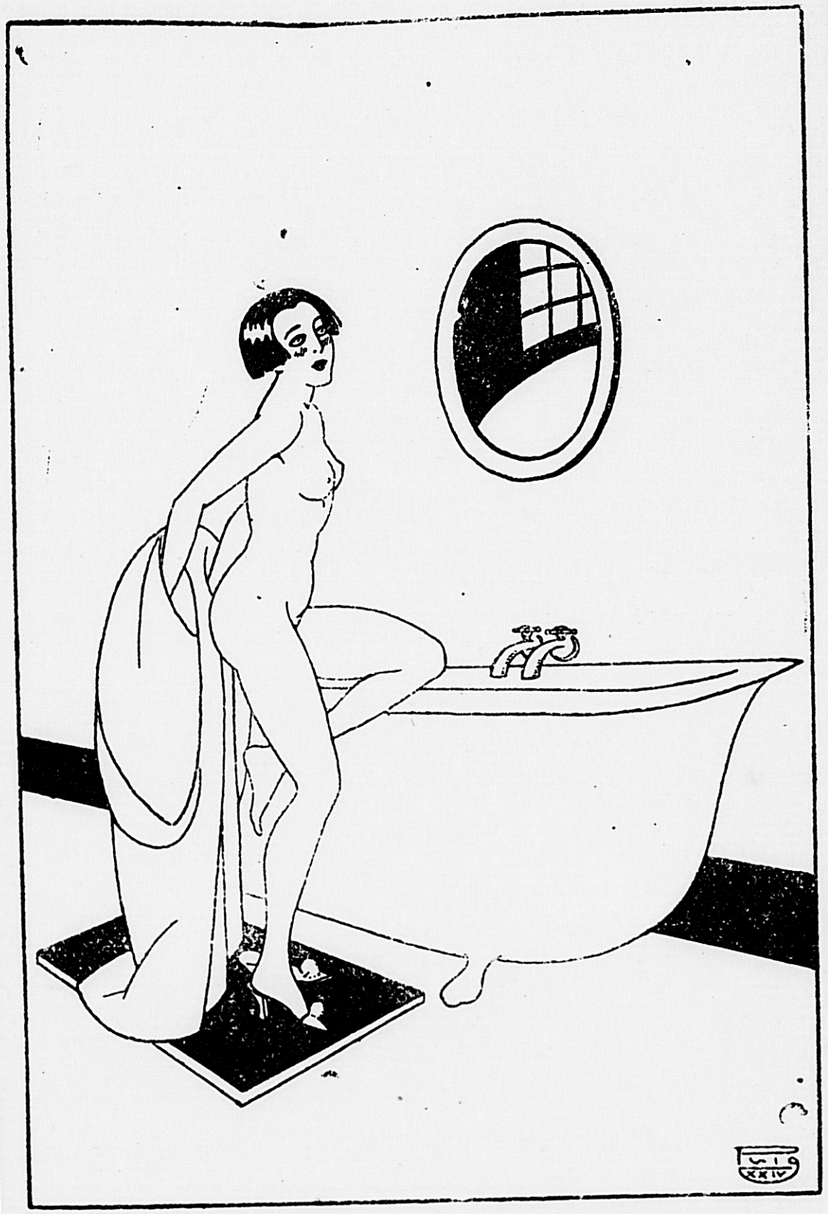
No faltó quien la recogiese. Una celestina llevóla a cierto hostal de amor de la ciudad de Sevilla, y al cabo de unos meses entró como pupila en otro falansterio análogo de la madrileña calle de San Marcos.

La historia es vulgar, pero por ser verídica se la brindamos a esos sociólogos y sociólogas de todo a sesenta y cinco, que hablan del vicio de la prostitución como de un espejuelo que atrae a las almas perversas y fementidas.

Hay quien se prostituye por estar bien, por lucir joyas, por ir en coche o por beber champagne; pero también hay quien lo hace por tomar un baño con alguna frecuencia.

El caso de Amalia Gutiérrez, *la Palo Santo,* a quien todos conocemos, es ejemplar.

Con un baño a tiempo se hubiera salvado un alma.



... un baño a tiempo, se hubiera salvado un alma...

De la calle de San Marcos salió *la Palo Santo* para ser la amiga oficial de un caballero muy conocido en Madrid. De las dos salidas posibles de ciertos sitios, una que conduce directamente al hospital de San Juan de Dios, y la otra que lleva al rango dorado de comprometida de postín, *la Palo Santo* tuvo la fortuna de topar con esta última.

El señor que la comprometió, a quien por llamar de alguna manera llamaremos don Lorenzo, era un hombre casado, de familia escogida, de fortuna considerable y de creencias religiosas y morales tan arraigadas, que si un día festivo se quedaba sin oír misa,



... don Lorenzo era un hombre casado...

sentía vehementes atracciones hacia el suicidio.

Pero, por un pintoresco atavismo que nadie acertaría a explicar del todo—un abuelo suyo había tenido una taberna en la ronda de Segovia—, don Lorenzo sentía un instintivo horror por el agua. No se bañaba más que cuando tenía el tifus, y en cuanto a esos lavados parciales con que las personas escépticas suelen suplir la falta de las inmersiones totales, nuestro hombre los rechazaba por estimarlos el mejor vehículo del reuma.

Amalia se propuso desde un principio ir corrigiendo aquella hidrofobia de su amante: por lo pronto se negaba a compartir con él el lecho, o simplemente la "chaisse-longue", si antes no se había sometido a la purificación hidráulica de ciertos bajos relieves de esos cuya exhibición en público se suele castigar con una multa.

Otras veces la buena mujer, que tenía cierta cultura, adquirida en sus lecturas de los tomos de la biblioteca Calpe, atacaba la nativa guarrería de su galán apabullándole en el terreno de su propio ideario. ¿No se bautizó Jesucristo bañándose en el Jordán? ¿No pasaba una buena parte de sus días el Salvador del Mundo en las orillas del lago Tiberiades, caminando al fin sobre sus aguas como sobre la pista del Palacio de Hielo? Y, en último caso, cuando Jehová quiso purificar a la Humanidad, ¿no la obsequió con la torrentera del Diluvio Universal?

Gracias a esos argumentos y a su insistencia, que rayaba muchas veces en la pesadez, Amalia iba haciendo de Lorenzo un hombre limpio.

La muchacha procedía por parcelas, por etapas, como los buenos generales. Un día—y fué una de sus mayores victorias—, ar-

mándose de una manga de franela y de un cubo de agua caliente, frotó ella misma hasta el despellejen las axilas de su amante. El hombre, dócil y domesticado por el amor, se dejó hacer, y experimentó esa sensación de descubrimiento, de cosa imprevista del que atisba un nuevo horizonte en su vida. Porque él no pudo nunca pensar que aquellos parajes del cuerpo humano pudieran lavarse.

En tres años que llevaban de vida común, Amalia se había mudado de casa ocho veces. había vivido ya en cinco de los diez distritos de Madrid; parecía aquello una verdadera manía, una de esas inquietudes irracionales que son uno de los síntomas más claros de la paranoya.

Pero no había tal. Era que *la Palo Santo*, en ninguna de las siete casas en que había vivido había encontrado un cuarto de baño a su gusto.

Y ahora, como se acercase el cumpleaños de Lorenzo, y éste, generoso de suyo, la preguntase qué clase de regalo quería que la hiciese en fecha tan señalada, ella, que lo tenía muy pensado, le dijo:

—Quiero que cuando nos mudemos a la casa nueva me instales un cuarto de baño a mi gusto.

—Pero ¿no tiene cuarto de baño?

—Sí, lo tiene; pero no es eso lo que yo quiero.

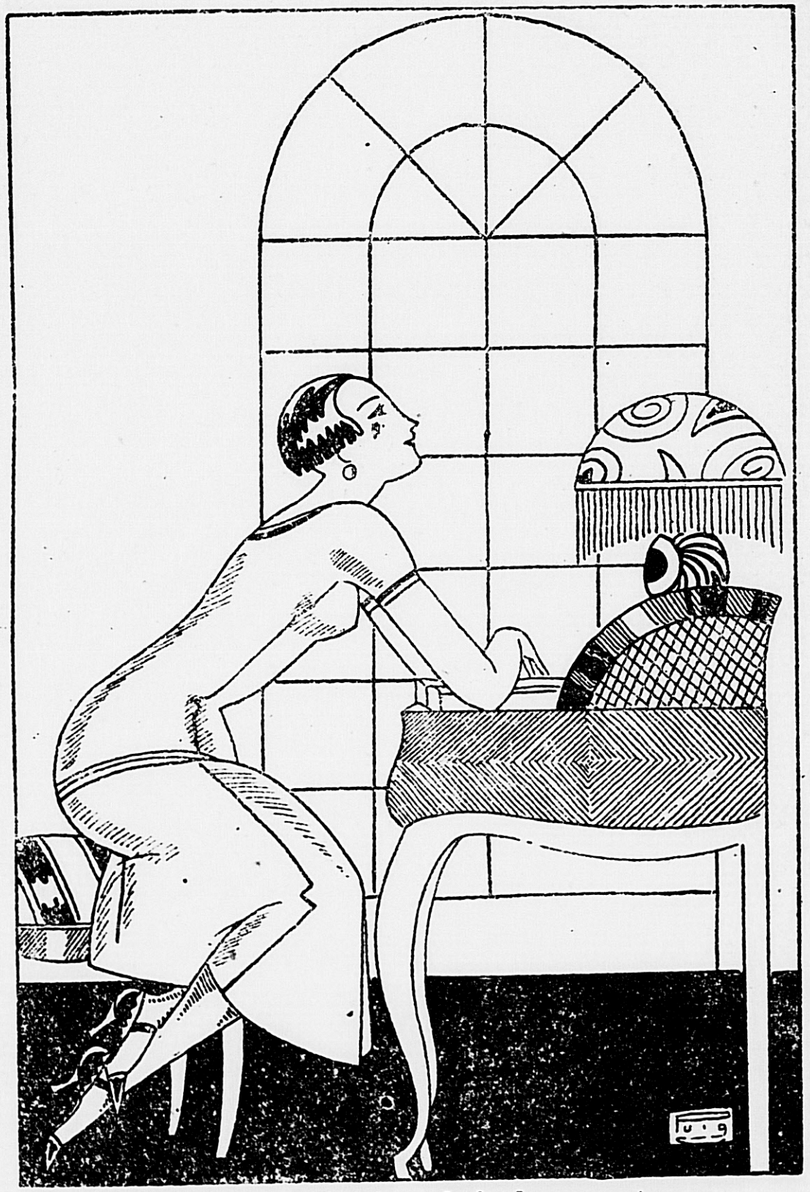
—Pues se hará como tú quieras, mujer.

Lorenzo dió un suspiro de satisfacción; era espléndido, pero a nadie, por mucho que lo sea, le molesta ahorrarse unas pesetas. Y él, que esperaba por parte de su amiga la petición de un automóvil o de un abrigo de piel de treinta mil pesetas, vió el cielo abierto cuando oyó que Amalia, ¡la infeliz!, se contentaba con el regalo de un cuarto de baño.

Porque, por mucho que éste valiese, no iba a valer seis mil duros... Pero el infeliz era él. ¡No sabía el desdichado dónde se había metido!

Porque una vez que *la Palo Santo* se vió con carta blanca para hacer lo que quisiera, soltó el freno a su imaginación y, ayudada de su cultura, que ya hemos dicho que era extensa, formuló un proyecto de cuarto de baño como seguramente no lo tuvo la propia Cleopatra.

Lo primero que hizo fué documentarse; como cualquier académico novel en vena de redactar su discurso de recepción, echó mano del tomo de la *B* del *Diccionario Espasa*, que Lorenzo había traído a casa de su querida, porque decía que en la suya propia se corría el riesgo de que sus hijos viesen ciertas láminas de desnudos clásicos que ahora era moda calificar de pornográficos.



Lo primero que hizo fué documentarse...

En el tomo buscó Amalia la palabra *baño,* y dedicóse con fruición a la lectura.

Con aquello ya tenía una pauta. Hizo un viaje a Toledo para visitar el baño de la Cava, y a uno de sus amigos, que fué en peregrinación a Roma, en uno de esos viajes de Agencia en que por trescientas pesetas le dan a uno derecho hasta a la bendición papal; le encargó que le trajese unas fotografías de las termas de Caracalla.

De los baños de Archena le proporcionó abundantes datos su mejor amiga, Juana *la Terciopelo,* que todos los años iba allí para visitar a un pariente suyo que estaba empleado en la sala de inhalaciones.

El *Impluvium* romano, el baño de Diana, las salas de baños de la Alhambra de Granada y del Alcázar de Sevilla, el Niágara madrileño y el monasterio de San Juan de Baños, situado muy cerca de Venta de ídem

—cambio de tren para Santander—, formaron entre todos un amasijo culterano en el cerebro de *la Palo Santo,* y de aquella mezcla salió la concepción de su modelo de gabinete hidroterápico, que, con el tiempo, ya en ruinas la casa donde iba a instalarse, se enseñaría a las gentes futuras con el mismo respeto con que hoy, en la ciudad de la loba, se enseñan los vestigios de las termas de Diocleciano.

Diocleciano, en este caso, era Lorenzo.

Aún no iba la instalación por su mitad y ya se había gastado en ella treinta y ocho mil pesetas.

El día en que Amelia, verificada ya la mudanza, instalóse en su nueva casa, del cuarto de baño no había colocado más que lo siguiente: la bañera, una soberbia pieza de mármol de la Alpujarra, mucho más serio que el de Paros, recipiente de dimensiones fantásticas—tres metros por uno ochenta—, propicio a la natación, y en el cual hubiera podido bañarse a un tiempo un matrimonio no muy bien avenido, sin estable-

cer más contactos que los puramente voluntarios para la propagación de la especie.

El aparato de duchas, que ¡¡por fin!! había llegado: soberbio artilugio, todo él de níquel, con sus treinta y cinco bocas y sus treinta y cinco llaves correspondientes, en todo semejante a un mortero de los de última invención, de esos de los que, sin verlos funcionar, no es posible saber por cuál de sus múltiples tubos han de salir los tiros. Aquí los tiros de agua salían por todas partes y en todas formas: de chorro, de lluvia, de regadera, de pulverización, de latigazo y de paliza.

Había en un ángulo un aparato en forma de guitarra, que el lector, hombre de mundo, sabe de sobra para lo que es; pero había otro, en el ángulo opuesto al ocupado por la bañera, acerca del cual no estarán de más unas sabias explicaciones.

Era algo así como una caja de embalar espejos, en rica madera de ébano, recubierto de una blanca capa de porcelana, para no romper la albura rutilante de toda la estancia: abierto del todo por arriba, y enguatado en su fondo y costados, una persona se colocaba en él en decúbito, ora prono, ora supino—eso iba en gustos—, y, oprimiendo unos diminutos timbres que había en el borde de la caja al alcance de la mano, ocurrían unas cosas muy divertidas y muy higiénicas.

Los timbres eran en número de seis: oprimiendo uno de ellos emergían de los costados del aparato unos cepillitos de filamento metálico que frotaban con energía el cuerpo, húmedo aún del agua del baño o de la ducha, en un masaje que era la última recomendación de la ciencia hidroterápica, y que, como todas estas cosas de última hora, ya era vieja en tiempos de Solón y de

Licurgo. Había otro timbre que, a la altura de la cabeza, daba salida a un peine, encargado de un modo mecánico de escarbar en los cabellos; otro hacía emerger a los pies del aparato unas tijeras que ellas solitas cortaban y arreglaban los apéndices córneos de las extremidades inferiores...

El timbre-*polissoir,* el de la fricción de alcohol de romero y el de la vaselina boricada para casos de incendios... de la piel, completaban aquella instalación maravillosa, que hubiera envidiado la reina de Saba.

Total: que una persona podía entrar allí recién extraída de un muladar y salir para un primer premio de un concurso de aseo.

Pero, con todo y con ello, aun no estaba completo el cuarto de baño tal y como Amalia *la Palo Santo* lo soñara.

Había también, a estas alturas, el depósito de las esponjas: una larga varita niquelada, en la cual, traspasadas por su agujerito central, se veían hasta treinta y dos esponjas de tamaño diferente, desde la gigantesca que parece un almohadón o un queso de *gruyère* intacto, hasta la diminuta, poco mayor que una lenteja, que las mujeres previsoras del porvenir esconden en cierto paraje tenebroso de su organismo cuando quieren cumplir con toda escrupulosidad la ley de Malthus...

Y aunque también funcionaba ya la hemeroteca de los perfumes, con textos de Colty, Guerlain, Aris y Gal, el cuarto de baño no estaba completo, ni muchísimo menos.

—¡Golfo!

—¡Buena mujer!

—Yo no he visto en mi vida frescura como la tuya.

—Es que tú eres muy joven y has visto muy poco.

—Pero ¿es posible que ya no te quede nada de las quinientas pesetas que te dí el otro día?

—¿Y quién ha dicho eso, rica? Si me queda...

—Pero...

—Me queda un breve recuerdo.

—¡Granuja!

—De eso vivimos: de recuerdos y de esperanzas, como dijo el otro.

—Pues que te dé el otro los treinta duros que me pides.

—Mira que son para comprarme un gabán...

—¡Pues ve a cuerpo!

—¿Y si cojo un pasmo?

Amalia se echó a reír.

Olegario se puso en jarras.

—Bueno, mujer, no sufras. Disgustos entre nosotros, no. Eso sí que no. Por evitarte a ti un disgusto soy yo capaz hasta de dejarme la barba.

La Palo Santo puso sus manos en los hombros del joven, y mirándole fijamente a los ojos le dijo:

—Y pensar que si no fueras como eres...

—Pero ¿cómo soy, paloma?

—Más desvergonzado que un traje de baño.

—¡Bueno!

—Y si no fueras así no te querría yo como te quiero.

—Eso por de contao.

Estaban en la habitación inmediata al cuarto de baño, y la joven, insensiblemente, iba empujando a su novio hacia la puerta de los cristalitos esmerilados, que Olegario tenía a sus espaldas. Por fin llegaron a ella y Amalia la abrió.

Porque al mudarse a la nueva casa, la joven, queriendo sin duda adecentar su vida, había puesto como condición a su chulo para recibirle en ella de tapadillo, como lo había recibido en las otras, que todo lo que tuvieran que... hacer habían de hacerlo precisamente en el cuarto de baño.

Nada de profanar la alcoba de Lorenzo, ni el comedor, ni el cuarto de la plancha, como ya había ocurrido, con las prisas, más



... y la joven iba empujando a su novio...

de una vez. Por lo visto quería *la Palo Santo* que todos los recuerdos dulces de su vida, de aquí en adelante, fuesen unidos a la evocación del gabinete hidroterápico, que se convertía así en un gabinete con alcoba.

Olegario dejaba hacer, y un minuto más tarde los cuerpos de los dos yacían—en el buen sentido de la palabra—en el fondo de la caja de los seis timbres, teniendo mucho cuidado de no oprimir ninguno de ellos. ¡Habría sido horrible que, en mitad de la faena, saliesen las tijeras de cortar las uñas y entrasen en funciones.

Pasó un rato; oyóse el ruido de un chorro imponente. Pero no se alarme el lector: era uno de los grifos del agua, que había entrado en funciones. Los amantes estaban en plena labor de purificación. Siempre ocurre lo mismo después del pecado; o por lo menos, debe ocurrir.

De todo lo escrito anteriormente habrá deducido el lector perspicaz que Amalia Gutiérrez, *la Palo Santo,* como toda mujer de su clase que se estime, tenía un chulo.

El chulo es una institución de derecho divino; el que lo dude, que recuerde las palabras evangélicas, referidas a la Magdalena: "Mucho le será perdonado, porque ha amado mucho." ¿Y a quién van a amar las infelices entretenidas, comprometidas y alquiladas, más que a sus chulos? Porque al hombre que las mantiene y les da dinero no le pueden amar: ésto también es de derecho divino.

Llamábase Olegario el chulo de *la Palo Santo;* pero como el nombre era un poco largo, ella lo cortaba y le llamaba siempre Ole, con lo cual, cada vez que había de llamarle, parecía que le estaba jaleando.

¡Y vaya si le jaleaba!



... era un cromo de la nueva generación

El mozo era uno de estos cromos de la nueva generación, que son mitad señoritos y mitad organilleros.

Me explicaré.

De la cintura para arriba van vestidos de señoritos: americana de corte irreprochable, camisa de cuello con puntas largas, ora almidonado, ora flojo, y sombrero metido hasta los lóbulos de las orejas, como si siempre hiciera un día de viento horrible. Pero de la cintura para abajo cambia el panorama: pantalón de la calle de Toledo, botitas de caña y unos andares tan castizos que están pidiendo a voces música de Chueca.

Así era Ole, y así son todos. Amalia estaba loca con él, por él y *sobre* él.

Y, desde luego, no hubiera podido vivir sin él.

Media España, y una parte muy respetable de la otra media, se había descolgado en Madrid aquel mes de febrero para presenciar las fiestas del centenario de Pepe Lamorena.

Este popular y joven amigo de todos, que es más simpático que un cheque al portador, celebraba ahora el centenario de sus desposorios con el globo terráqueo, pues habiendo venido al mundo en los primeros años del siglo diez y nueve, había tomado la primera comunión con Fernando VII y había escrito un drama en un acto en colaboración con Calomarde.

El hecho de que el Ayuntamiento de Madrid, ayudado por la Academia de la Historia y favorecido por una subvención del Gobierno, hubiese organizado unos festejos suntuosos para celebrar la fecha centenaria del natalicio de Pepe, se debía a que este muchacho ofrecía en su vida una rara particularidad que traía de cabeza a los profesores de Fisiología y a los agentes de seguros. Y era que los años pasaban por él sin dejar, no ya huellas, pero ni siquiera tarjeta. Como la condesa de Cagliostro y como el insigne poeta satírico Luis de Tapia, Pepe Lamorena ignoraba lo que era una cana, desconocía las arrugas, como no fuera en el pantalón, y conservaba íntegra su dentadura con la misma firmeza y seguridad que si la hubiera guardado en una de las cajas de alquiler de los sótanos del Banco de España.

¿A qué se debía tal fenómeno? La Cien-

cia, en sus avances, no ha llegado todavía hasta ahí. ¿Hiperestesia vital de una glándula? ¿Amnesia u olvido del sistema arterial en su labor de endurecimiento? ¿Fortaleza de acero del intestino?... ¿Y quién lo sabe?

El Ayuntamiento de Madrid no se inquietaba mucho por averiguarlo y, a mi juicio, hacía divinamente. Recogía el hecho, y, para celebrarlo, había organizado unos festejos mucho más solemnes que los del centenario de Calderón de la Barca.

Y para presenciarlos era para lo que se habían dejado caer sobre Madrid la mayoría de los habitantes de España.

Entre los cuales figuraban unos parientes cercanos de *la Palo Santo,* que habitaban en un pueblo muy pintoresco de la provincia de Jaén, bajando a la izquierda.

Una mañana, cuando la hermosa compro-

metida, ya ablucionada ampliamente, se disponía a salir del cuarto de baño, cuya instalación estaba por fin completa desde hacía una semana, sintió en el vestíbulo el rumor de unas conversaciones...

Pero de unas conversaciones que parecían sostenidas por un batallón de personas.

¿Qué sería aquello?

La criada vino a disipar sus dudas.

—Señorita, ahí han llegado unos señores que dicen que son parientes de la señorita.

—¿Y qué quieren?

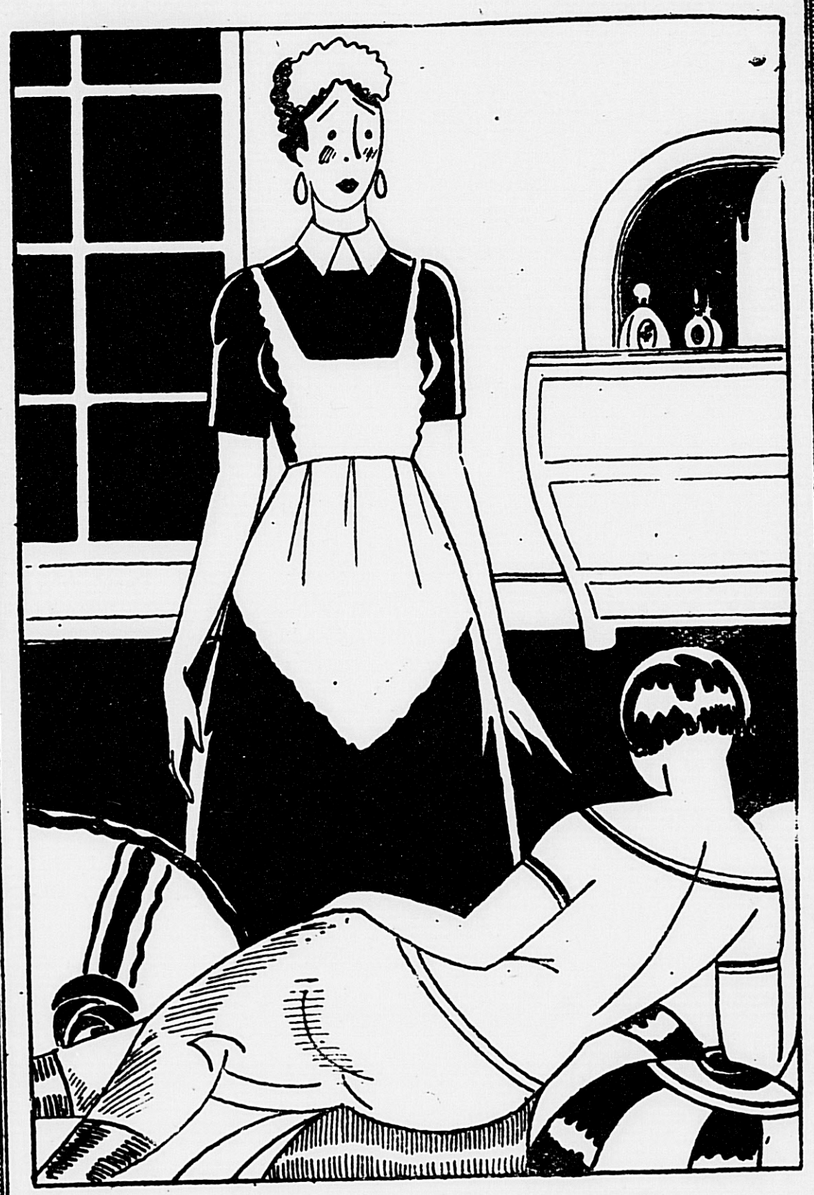
—Ver a la señorita.

—¿Son muchos?

—No los he contado, pero han llenado el recibimiento y aun me parece que quedan algunos en la escalera.

Amalia tuvo una corazonada.

—Los de Jaén. Estos son los de Jaén. Mi tía Antonia y su gente.



La criada vino a disipar sus dudas.

Ya iba a decir que les hiciera pasar cuando se percató de lo difícil que era la cosa. ¿Pasar? Pero ¿dónde? ¿Cabrían todos en la casa? Y decidió salir ella a recibirlos.

Unos segundos más tarde, *la Palo Santo* se veía estrujada, besuqueada y zarandeada por los invasores.

—¡Hija mía!

—¡Sol de tu casa!

—¡Vaya si estás guapa!

—¡Ay! ¡Si tu madre levantara la cabeza!

Esto último lo mismo podía ser un piropo que una insidia.

No debe ser la provincia de Jaén una de las de mayor densidad de población entre las españolas; sin embargo, en ella debe haber el suficiente número de habitantes para que al personarse una buena parte de ellos en casa de Amalia, ésta estuviese a punto de volverse loca.

Porque la tía Antonia, a quien por lo visto no resultaba grato viajar sola, habíase presentado con el séquito siguiente: su marido, un hombre muy bueno, antiguo guarda jurado de las fincas del señor Prado y Palacio, que tenía la cartera llena de certificados de buena conducta, incluso de uno



... habíase presentado con el séquito siguiente...

que le dieron por la intachable que observó los cinco años que estuvo cumpliendo condena en el penal de Ocaña; una hija y dos hijos del matrimonio: la hembra, de diez y ocho años, era un sol, pero un sol con manchas, como luego se verá, y los chicos, de diez y seis y trece, eran bastante brutos, gracias al Altísimo.

Venían también como agregados sin sueldo, aunque con el viaje pagado, la Micaela, una hermana de la Antonia, que también se había casado hacía tiempo, y la cual, puesta en plan de viaje, había traído también consigo al marido, porque decía que no se fiaba de dejarle solo en el pueblo, porque el buen hombre, en cuanto se veía solo, se metía en una taberna.

De este matrimonio—creced y multiplicáos—habían nacido dos hijos, que también acompañaban a los papás en la excursión;

el mayor, Acisclo, era cabo de los exploradores de su pueblo, y venía vestidito con el traje de uniforme, porque se figuraba él que eso en Madrid le abriría muchas puertas.

Tenemos ya, pues—no conviene perder la cuenta—, nueve personajes; pero si al lector le decimos que aún faltan otros nueve, no es creíble que la cosa le choque mucho, sobre todo si sabe por experiencia cómo las gastan los forasteros que se dejan caer sobre Madrid en son de conquista.

Ocurría que la Micaela tenía una amiga, madre de un muchacho que estaba sirviendo al rey en un regimiento de Infantería de los que guarnecen la Corte. ¿Qué mejor ocasión podría presentársele a la buena madre para ver a su hijo que esta del viaje a Madrid de tía Micaela? Y como la madre del bizarro militar tenía dos hijas mozas, y una de ellas muy guapa, y las dos hermanitas

tenían muchos deseos de ver al hermano, para la Corte se vinieron sin pensarlo mucho. Porque es lo que ellas se dirían:

—El viajar ilustra.

Había en el pueblo un corredor de aceite que estaba medio imposibilitado de ambas piernas, por lo cual hacía mucho tiempo que casi no corría. Y era una pena, porque en Madrid había tenido antaño muy buena clientela, siendo, entre otras cosas, el proveedor de las monjas clarisas de la calle de San Onofre, que le compraban todo el aceite con que alimentaban las lámparas de su iglesia.

A este buen hombre, unido a la familia de Amalia por sólidos lazos de amistad—al marido de Antonia le debía trece duros—, se le presentaba ahora una ocasión magnífica para volver a Madrid y reanudar acaso sus operaciones comerciales. Unióse a la expedición y a Madrid se vino como quien lava.

Los cinco miembros que faltaban para completar la suma de diez y ocho eran: un empleado del Ayuntamiento que venía a que le operaran unos pólipos nasales, un aspirante a novio de la hija de la Antonia y del licenciado de Ocaña, dos seminaristas que eran parientes lejanos del párroco de San Ginés y un empleado del Casino del pueblo que venía huyendo porque noches antes le habían sorprendido falsificando unas fichas de la sala de juego.

Todos ellos eran parientes entre sí—¿quiénes no lo son en los pueblos?—y venían a unirse, como las ramas en el nudo del tronco, sobre la cabeza de Amalia Gutiérrez, *la Palo Santo,* que para algo era paisana y para algo tenía en Madrid casa puesta y cocina encendida.

—Pero ¿cómo no me habéis avisado?—dijo la infeliz amante de Lorenzo, sin pensar en que las tormentas no siempre avisan.

—Tonta, queríamos sorprenderte.

—Pues lo habéis conseguido.

Y la Antonia, que era indudablemente el jefe de la banda, empezó su labor de introductora de embajadores.

—Mira mis chicos qué guapos están... Y ésta, ¿no te acuerdas de ésta? Es la hija de la Micaela, tu ahijada... Pues y éste—por el corredor de aceites—, ¿tampoco te acuerdas de él? ¡Poco que tenéis jugado los dos en casa de tu tío Apolinario!

Amalia decía a todo que sí. La verdad era que no se acordaba de ninguno de aquellos estafermos: su amnesia, en tal respecto, era absoluta.

Pero sabía por instinto que nada hay que moleste tanto a la gente de los pueblos como el oír que se han olvidado de ellos, aun a través de muchos años de ausencia.

—Pues yo les dije a éstos: a ver si mi Amalia tiene un sitio en su casa donde recogernos. ¡Total, pa tres días que pensamos estar...!

La que así hablaba era la Antonia.

—Sitio...—balbució *la Palo Santo*—. La casa no es muy grande, pero en fin...

—Ya nos apretaremos.

Esto lo dijo, poniéndole como colofón una carcajada, el corredor de aceites.

—Nos han dicho en la estación que no hay en Madrid un rincón donde meterse. ¡Con tanto gentío!

—Ya, ya...

—A unos señores muy ricos de Andújar, que venían con nosotros en el tren, les han pedido doce duros por un catre en un pasillo.

—Doce duros un catre, no es caro.

Esta atinada observación la formuló el licenciado de Ocaña.

—Conque yo les dije a éstos: mirad, no hay que apurarse; mi sobrina Amalia, que siempre me ha querido a mí mucho, y yo a ella, tú lo sabes, tiene una casa: malo será que no tenga libre un rincón.

—La cosa es que... algunos, desde luego, os podéis quedar aquí...

—Tú no te preocupes, que donde se coloque uno nos colocaremos todos.

Habían ido pasando poco a poco, como los coros y la comparsería en un escenario muy pequeño; se extendían ya por el pasillo, y menos mal que no traían gran cosa de equipaje.

—¡Como venimos sólo para tres días, ¿sabes?..., pues lo puesto y nada más!

La infeliz *Palo Santo* no sabía qué hacer; su tía Antonia aprovechóse de esta indecisión y comenzó a recorrer la casa.

Volvió al cabo de unos minutos haciéndose cruces.

—¡Vamos! ¡Mira que decir que la casa es pequeña!

—Mujer, según...

—Pero si tienes la mitad de las habitaciones vacías. Venid, venid por aquí.

La tenia desenvolvió sus anillos a través del corredor central de la casa. Amalia les acompañaba, llena de angustia.

Al llegar frente a la puerta del cuarto de baño, la tía Antonia la abrió y penetró decidida. Antes ya había ella inspeccionado la estancia, y tenía trazado su plan.

—Mira, aquí mismo tiras unos colchones

al suelo y ya verás como nos acomodamos todos.

Amalia se quedó aterrada.

—¿Aquí...?

—¡Claro!

La chica de la Antonia, fijándose en la bañera, preguntó a su prima:

—Este cuarto ¿qué es? ¿El lavadero?

—No, hija: el cuarto de baño.

—¡Hay que ver!

—Lo acabo de instalar.

—¿Y ahí te bañas tú?

—Sí.

—Sabrás nadar.

Esto último se lo preguntó la madre del soldado.

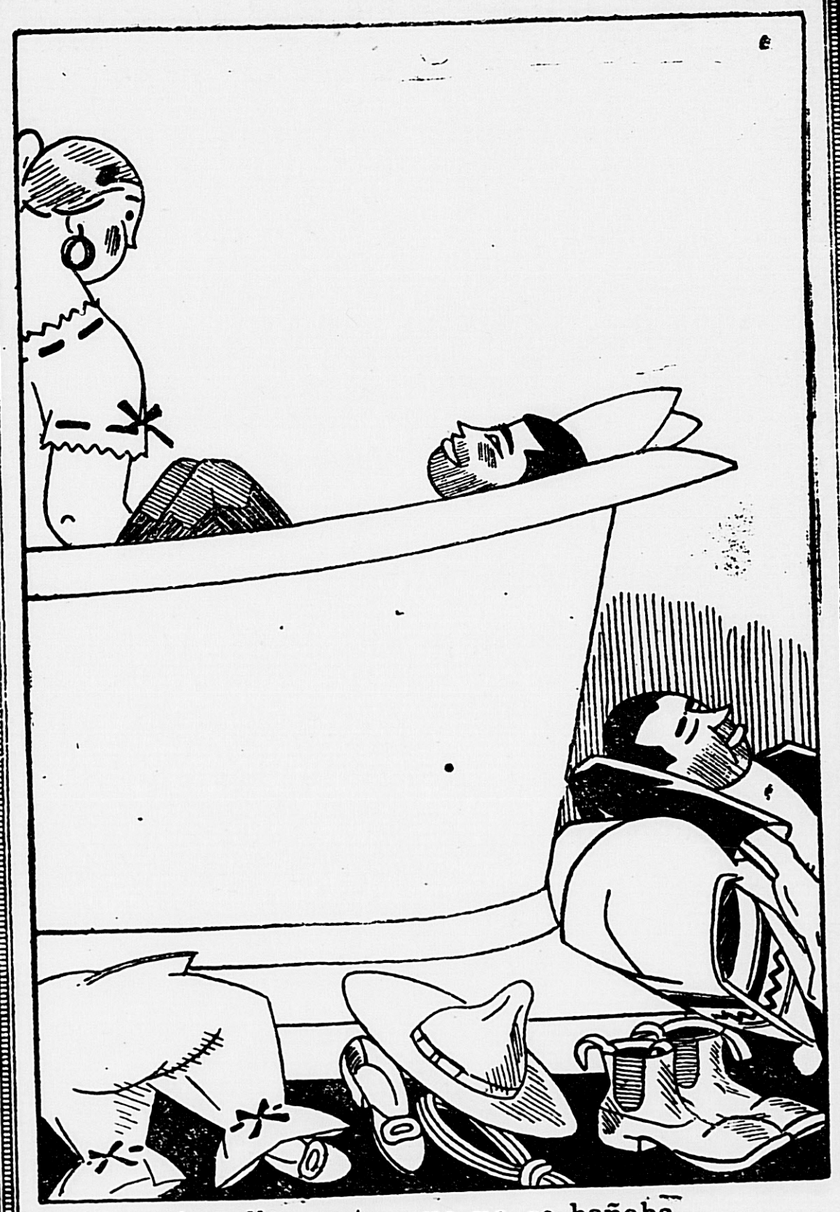
Casi todos, empujándose, habían invadido la estancia. Miraban curiosos los aparatos, para ellos desconocidos, y, deslumbrados por la luz radiante de que parecía ba-

ñado todo, parecían dar gracias a la Providencia por haberles deparado tan pronto, a su llegada a Madrid, un alojamiento tan suntuoso.

Aquella gente, que no se bañaba más que cuando se caía al río, tomaba ya de hecho posesión, para todo el tiempo de su estancia en la Corte, de aquella maravillosa habitación, que no hubiera desdeñado Tiberio para sus retozos hidráulicos.

Amalia salió afuera sin decir una palabra. Los pocos bultos que constituían el equipaje de aquellos genízaros iban quedando instalados en los rincones del *impluvium*.

Había en éste algunas cosas puestas a última hora que no conoce el lector; por ejemplo, una especie de baúl mundo, con un orificio redondo a uno de sus costados, y que servía para los baños rusos; el bañista penetraba en el cofre, cerraba tras de sí la



Aquella gente, que no se bañaba...

tapa y sacaba la cabeza por la abertura del costado, evitando así la asfixia.

Este trasto tenía un doble uso, de utilidad innegable: cuando Olegario, el chulo de la dueña de la casa, con quien tan intensamente ha simpatizado el lector, estaba en el domicilio a la llegada de Lorenzo, corría a ocultarse en el estuche del baño ruso; claro que cuidando muy bien de no sacar la cabeza por el orificio, por si acaso a don Lorenzo se le ocurría penetrar en el cuarto a satisfacer una necesidad fisiológica. Como entonces no funcionaba la tubería de vapor, la cosa no ofrecía riesgo alguno de muerte por ahogo.

Y el cuarto cumplía así su destino de todos los cuartos de baño y de casi todos los armarios roperos: servir de refugio al amor clandestino.

Había también una cosa muy parecida a

una sombrerera sin fondo, en cuyo seno se guardaban unas pinzas, en número de diez y siete, que servían para extirpar del cuerpo toda clase de vellosidades recónditas y de máculas imperceptibles... Unos cepillos para la piel y unas sombrillas para tomar baños de sol en día de lluvia, que eran la última palabra de la hidroterapia.

Todo ello, y algún refinamiento más que acaso se escape a nuestra enumeración, era mirado con curiosidad, pero con indiferencia, por los miembros de aquella tribu de húngaros que había acampado en el domicilio de *la Palo Santo*.

Ellos no veían allí más que la posibilidad de un dormitorio gratuito.

Amalia llegó al fondo del abismo del terror cuando, al volver a penetrar en la estancia, oyó decir a su tía Antonia:

—Ahí mismo, en la pila del baño, pueden dormir muy cómodamente tres personas.

Creyó desmayarse; pero, pensándolo mejor, emprendió de nuevo la huída, y saliendo a uno de los balcones de la casa, lloró amargamente sobre la profanación de su gabinete hidroterápico, como Jesucristo sobre las futuras ruinas de la ciudad de Jerusalén.



... lloró amargamente sobre la profanación...

Menos mal que Lorenzo andaba por aquellos días fuera de Madrid, empeñado en una partida de caza.

Amaba el *sport* cinegético, y, como ocurre con frecuencia a hombres de su mismo temple moral, al asesinar un ciervo o herir a mansalva a un rebeco o un venado, no sentía escrúpulo alguno de conciencia ni notaba el tirón de la solidaridad de la especie.

Su marcha de ahora había tenido un doble objeto: de una parte, disparar unos tiros, y de otra, ausentarse de Madrid durante los días de aglomeración y bullicio de las fiestas.

Claro que él se lo perdió: el no estar en Madrid le impidió asistir a la suntuosa cabalgata de las fiestas del centenario: una cabalgata de doscientos *taxis,* en cada uno de los cuales iba un señor vestido con el traje de cada época de las que había comprendido la vida del homenajeado. Fué algo regio y suntuoso, que dejó recuerdo.

Lorenzo volvió a Madrid al cuarto día, cuando, ya terminadas las fiestas, calculaba él que se habría apagado un poco el bullicio forasteril.

Desde la estación se dirigió a casa de su querida. No le había avisado la hora exacta del regreso; pero Amalia sabía que era en el día de hoy cuando el amante estaría de vuelta.

Lorenzo llegó al domicilio de *la Palo Santo* a las once de la mañana, en el momento en que ella acababa de abandonar el

lecho. Olegario, que había pasado la noche junto a su amor, haciéndole cosquillas en la conciencia, lo había abandonado poco antes y se había marchado ya a la calle.

Amalia, desde el día de la invasión de los de Jaén, se fregaba a diario el cuerpo en un amplio barreño colocado en la cocina, lo más cerca posible del fogón, para disminuir la probabilidad de la pulmonía. Poco a poco, ante la profanación de su cuarto de baño, tan querido, le había entrado esa plácida y melancólica conformidad con que el espíritu se enguata ante las grandes desgracias, y que no es más que el triunfo del instinto del vivir sobre las menudencias desagradables que le salen al paso.

Después de todo—había ella ido pensando—, lo ocurrido era lo menos malo. Dada la invasión, ¿no hubiera sido peor que aquella gentuza hubiera invadido la totalidad de



... se fregaba a diario el cuerpo en un barreño...

la casa, distribuyéndose por alcobas y gabinetes, mancillándolo todo y dejando huellas, tal vez indelebles, en los rincones más íntimos?

Así, por lo menos, había limitado la localización del estrago. Porque, eso sí, Amalia, al dejar a sus parientes acampar en el cuarto de baño, les había impuesto tácitamente la condición de que para nada, como no fuera para salir a la calle, tenían que moverse de allí.

De noche, allí dormían, en una sola cama, formada con cinco colchones tirados por el suelo, y que ocupaba casi la totalidad del recinto. Allí hacían sus comidas, y la poca *toilette* que necesitaban sus cuerpos, desposados de antiguo con la cochambre; y hasta para saciar esas necesidades... físico-químicas con que la Naturaleza nos da pruebas de su humorismo cotidiano, tenían dentro del

cuarto de baño el recipiente adecuado, ya que en los modernos santuarios hidroterápicos es costumbre saludable colocar cierto artilugio recoleto al alcance del bañista...

Y Amalia pensaba que aquella nube pasaría, los de Jaén tornarían a su provincia, de la que nunca debieron salir, y los desperfectos causados en la habitación utilizada como campamento serían fácilmente reparados con ayuda del agua misma y de su miaja de estropajo.

De cuando en cuando, diez o doce veces en la jornada, *la Palo Santo,* con cualquier pretexto, hacía una visita al campamento, y comprobaba que ningún daño irreparable se había producido hasta ahora en la totalidad de la instalación. Aun no se le había ocurrido a ninguno de sus parientes, y eso que los había de espíritu francamente volteriano, arrancar un trozo de las relucientes ca-

ñerías de níquel y llevarlo a empeñar o a vender en la cabecera del Rastro... No respondía ella de que en lo sucesivo no ocurriera la cosa; pero hasta ahora, al menos, no había ocurrido.

Lorenzo entró en la cocina en el momento en que la doncella de Amalia fregaba a su ama con una manga de franela la parte baja de la espalda.

—Hombre, me has dado una idea—dijo a modo de saludo—. Voy a bañarme yo también.

Amalia no le entendió al principio. ¿Qué quería decir Lorenzo con aquello? Porque él no era hombre que por propia iniciativa se sumergiese en el agua; cuando lo hacía, era porque su querida se lo imponía como condición previa para yacer con él en el mismo lecho. ¿Qué idea le había dado ahora de repente?

Y como Amalia viera que se dirigía muy decidido al cuarto de baño, exclamó, toda llena de alarmas:

—Pero ¿vas a bañarte ahora?

Lorenzo quedóse un poco perplejo ante el tono con que su amiga hablaba.

—Claro, mujer; no creo que tenga nada de particular.

—El caso es que...

—¿Qué?

—¿Por qué no esperas a que yo acabe? ¡Qué prisa te ha entrado!

—Hace cuatro días que no me he quitado la ropa, y luego, de andar por el campo y del sudor, tengo una desazón que no vivo.

Y echó a andar por el pasillo en dirección al cuarto de baño.

—¡Lorenzo!

—¿Qué, mujer?

—Espera que vaya yo contigo.

—Si no me haces falta; acaba tú tranquilamente.

Pero ya Amalia, muy nerviosa, había salido del barreño y daba prisa a la doncella para que la secase con la toalla de felpa. En seguida, y húmeda a medias, se puso un kimono y salió detrás de su amante.

Estaba guapa de verdad en aquella actitud y con aquella *toilette,* o, mejor dicho, con aquella ausencia casi absoluta de *toilette.* La cara, arrebolada por la impresión del baño y por la otra impresión de la llegada de Lorenzo, parecía un redondel de fuego con los dos puntos brillantes de los ojos. En los cabellos, que, como persona de buen gusto, llevaba cortados por la nuca, había unas gotitas de agua, pildorillas voluptuosas que uno hubiera rechupado con muchísimo gusto.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo! Espera. No entres en el cuarto de baño.

Le había alcanzado en la pieza que estaba delante de la famosa habitación, y que era algo así como un ropero con honores de gabinete íntimo. El hombre se la quedó mirando.

—Pero ¿qué te pasa, hijita?

Lorenzo no era un hombre celoso, y si lo



Estaba guapa de verdad...

era, lo disimulaba pudorosamente; rara vez había habido diferencias entre él y su amante por cosa que con los celos se relacionase, y en cierta ocasión en que vió por casualidad, al final de la calle de Serrano, que Amalia iba dentro de un "auto" dándose la... palabra con un socio del Aero, limitóse luego a llamarla la atención con esta frase, verdaderamente poemática:

—¿Y si el chofer llega a volver la cabeza en aquel momento?

Pero ahora, en presencia de la actitud descompuesta de su amiga y de su interés decidido por impedirle el paso, no pudo menos de pensar lo que habría pensado el más complaciente o el más oftálmico de los bueyes:

—¡Esta tía tiene a alguien escondido ahí!

Por si le quedaba alguna duda, en aquel mismo momento resonó al otro lado de la

puertecita de vidriera esmerilada el más formidable bostezo que haya hecho explosión jamás en boca de ser bípedo. Parecía un toque de clarín llamando a la diana.

—¿Quién hay ahí dentro? Porque me figuro que no me dirás que no hay nadie.

—Claro que hay. Yo quería haberte explicado poco a poco; pero ¡con tus prisas! Verás: al día siguiente de marcharte tú...

Lorenzo no le hacía el menor caso. ¿Qué podía inventar aquella infeliz para disculparse?

Echó mano al cierre de la puerta y abrió, al mismo tiempo que Amalia, quemando el último cartucho, le decía:

—Espera un segundo, no abras... ¡Mira que te va a pesar!

Inútil. La puerta estaba abierta ya.

Lorenzo se quedó en ese estado de perplejidad embobada del hombre que, habien-

do dejado volar libremente su imaginación, poniéndose en lo peor, se encuentra con que la realidad ha sobrepasado sus previsiones.

Porque él se figuraba encontrar al otro lado de aquella puerta a un hombre más o menos apuesto, y hasta estaba pensando ya en qué parte de su organismo le pegaría la patada. Y lo que se encontraba era un verdadero comicio ciudadano.

Frente a la puerta, afeitándose a tientas, había un hombre en camiseta, con los brazos llenos de peluchos. Era el corredor de aceites, y debía ser éste el que había bostezado.

Más allá, otro hidalgo, también medio desnudo, se recosía los botones de un pantalón que, naturalmente, no tenía puesto en su sitio.

Sentado en el borde de la bañera, había otro leyendo un periódico...



... afeitándose a tientas había un hombre...

¿Qué era aquello? ¿Y qué especie de gallina corralera venía a ser su Amalia, que así se había construído aquel harem durante su ausencia?

Por lo visto, tenían razón los Santos Padres. La mujer es un abismo de maldad.

Claro que vino la explicación de todo aquello.

Explicación que la dieron los hechos más que las palabras y las presentaciones de la dueña de la casa. Porque la presencia allí de las mujeres y de las mozas que formaban parte de la expedición quitaba al misterio del cuarto de baño todo carácter de aventura voluptuosa.

Sólo que... Media hora después, encerrados Amalia y Lorenzo en la habitación más apartada de la casa, tuvieron una bronca más que regular.

—¿Quién te mandaba a ti, imbécil, estúpi-

da, meter a toda esa gentuza en tu casa? ¿Es que has puesto una fonda o una posada?

—Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Les iba a echar a la calle? Al fin y al cabo, es mi familia. Los hombres no os hacéis cargo de nada.

El diálogo siguió en ese tono de amable reconvención.

—Eres una imbécil.

—Y tú un egoísta.

—¡Mema, más que mema!

—¡Idiota!

—Podías haber avisado. Si yo hubiera sabido que tenías una familia tan numerosa y tan pelma...

—¿Qué?

—No se me hubiera ocurrido ni mirarte a la cara.

—Para eso siempre estamos a tiempo.

—Pues por mí...

—¡Pues anda, que por mí!...

—Está visto que las mujeres no tenéis sentido común.

—Y los hombres no tenéis más que...

—¿Qué?

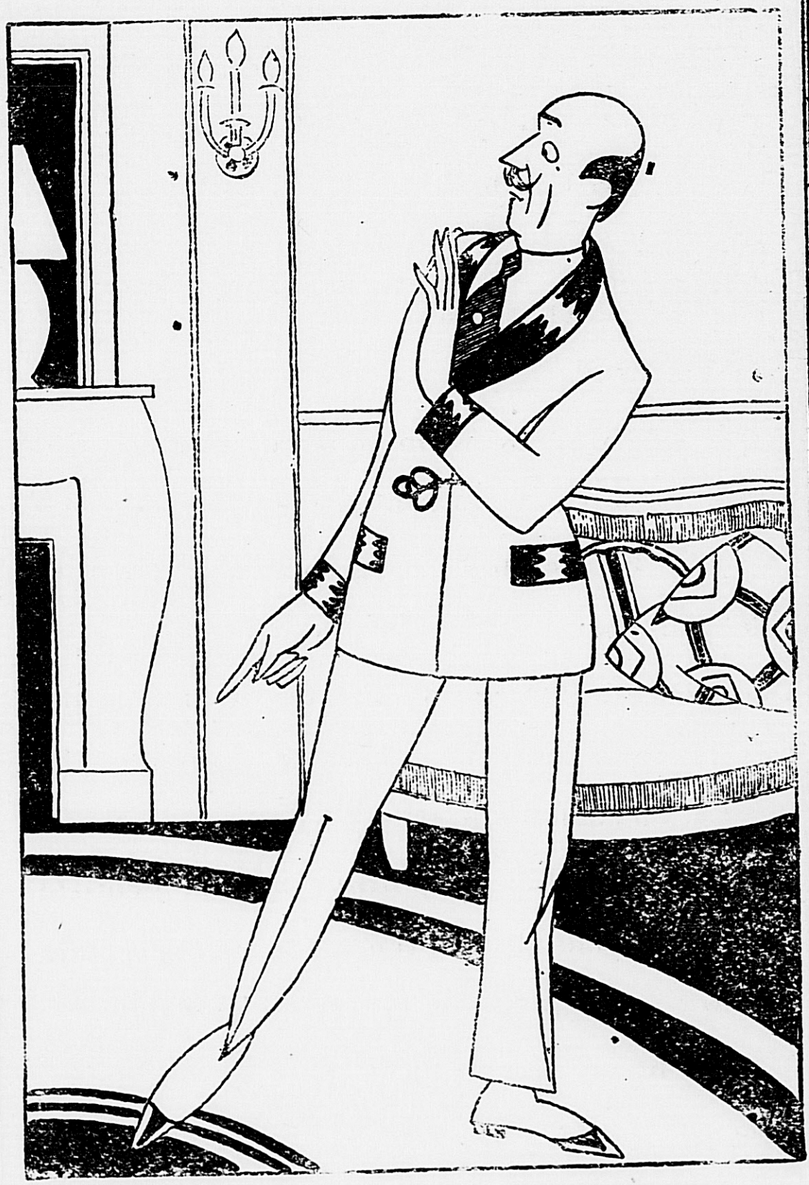
—Pelos en la cara.

—¡Bueno!

La entrevista terminó marchándose Lorenzo a la calle para no verse obligado a pasar de las palabras a las obras. Pero antes de salir exigió muy formalmente a su amiga que aquella gentuza había de marcharse de la casa y de Madrid cuanto antes.

La ejecución de esta sentencia presentaba ciertas dificultades, porque aquella gentuza, como la llamaba Lorenzo, se había apoderado poco a poco del ánimo de Amalia.

No habían empleado para ello ningún arma reprobable: era sencillamente un misterio de la evocación. En el hablar constante



... antes de salir exigió muy formalmente...

de las cosas del pueblo, en el recuerdo de tantas escenas que habían constituído la infancia toda de *la Palo Santo* había para ésta como un baño de melancolía a través de los años, y una tristeza que parecía provenir de la consideración de que todo el tiempo pasado entre aquellos retozos de antaño y estas esplendideces de ahora no había servido para nada.

Había en la tribu una figura, la de Juanita, la espléndida muchacha de diez y ocho años, hija de la tía Antonia, que a *la Palo Santo* se le había metido en el corazón.

La chica, alta, bien desarrollada en todas direcciones y con un gesto de picardía rural en la cara que partía los corazones, era además en su hablar de una atracción especialísima, que empezaba en el tono lleno de la voz y seguía en todo su conversar, pues era una de estas personas que por regalo espe-



... Juanita, la espléndida muchacha...

cial del Altísimo no sabía decir nunca nada desagradable.

Amalia aficionóse a ella de tal manera, que hubiera querido que al marcharse los demás Juanita se quedase para siempre en su compañía; ya le buscaría ella ocupación, y, en último caso, con estar a su lado como dama de honor tenía bastante.

Llegó a hacer concretamente la proposición a la chica y a sus padres. Juanita se ruborizó mucho y no supo qué contestar. La madre sonrió, como sonríe uno siempre ante lo inverosímil, y el licenciado de Ocaña expresó la contrariedad que la propuesta le producía con la siguiente frase, que era completamente de germanía presidial:

—¡A ver si he criao yo una hija pa luego echársela a los señoritos de Madrid!

Y es que el hombre, con su guapetona hija, tenía sus proyectos. En el pueblo había

un señorón muy rico, casado y con cinco hijos, al que le gustaba mucho la muchacha; era hombre que regateaba poco en sus tratos, y en éste de ahora, que llevaba con él personalmente el padre de la mercancía, no se presentaba del todo mal.

¡Y no era cosa de desperdiciar la ocasión!

Desde que la tribu de Jaén se había aposentado en casa de Amalia, ésta tenía que adoptar extraordinarias precauciones para las visitas domiciliarias de Olegario.

Renunciar a ellas habría sido estúpido, y echarse a buscar por fuera un paraje donde celebrarlas, ahora que la ausencia de Lorenzo les dejaba en plena libertad, habría sido más estúpido todavía.

Amalia, *la Palo Santo,* que cuando llegaba el caso era más decidida que un salteador de caminos, echó por la calle de en medio y presentó a Olegario a su parentela como un pariente de Lorenzo; pero para evi-

tar posibles complicaciones redondeó la historia diciendo que su amigo y Olegario estaban peleados hacía tiempo, y que ella seguía recibiendo en su casa al segundo sin que lo supiera el primero, porque no le parecía justo el motivo de la pelea.

Con esta fórmula tan diplomática, *la Palo Santo* pudo seguir refocilándose ampliamente con su chulo: lo único que hubo fué un cambio de lugar: el cuarto de baño, cámara nupcial de los novios, invadido a todas horas, iba tomando cada día aspecto más acentuado de aduar elegante, y entrar en él a practicar el amor, aun en los ratos en que estaba vacío por haber salido toda la tribu a la calle, habría sido demasiado prosaico.

Se acogían a cualquier rincón propicio y donde hubiera por lo menos un cojín que poder tirar por el suelo. El gabinete que precedía a la alcoba de ella, un saloncito que se

prolongaba por un amplio mirador a la calle, un gran sillón de pana verde que había en el comedor...

Pero el sitio preferido por Olegario era en el salón de la casa, junto a un piano-pianola; entre sus muchos méritos tenía el niño el de tocar admirablemente la pianola, sobre todo si ésta era eléctrica, y generalmente al llegar con Amalia al momento psicológico, Olegario hacía un doble enchufe: el del resorte del aparato y el otro..., que ya se figurará el lector cuál es.

La cosa seguía así, y a Amalia no le parecía del todo mal.

De una manera delicada y obedeciendo a las sugestiones imperativas de Lorenzo, la joven había planteado a la tía Antonia el problema de su regreso a la tierra natal.

La Antonia, que no era tonta, tragó el anzuelo, pero lo devolvió a poco:



... el sitio preferido por Olegario era...

—¡No creas, que tengo unas ganas de verme en mi casa!

—Como que en ninguna parte está una mejor.

—Yo, por mí, ya me hubiera ido; pero Acisclo dice que quiere ver la revista esa de toos los exploradores de España que van a hacer ahí en eso que me dijiste que le llaman el prado.

—¿Y cuándo es la revista esa?

—Allá pa finales del mes que viene.

Amalia se puso de un pálido camelia que daba fatigas.

—Dicen—prosiguió la Antonia—que la cosa va a estar muy bien.

—Sí que estará.

—Va a ir el Rey y todo.

—Ya, ya.

El porvenir, por lo que se ve, se presentaba un poco negro.

La Palo Santo, más que por ella, lo sentía por Lorenzo. Ella, como ya se ha consignado antes, habíase acostumbrado a los horrores de la invasión; pero su amigo, cada día más harto, pues el piso que él había instalado como nido de su amor se le había convertido en una conejera, había amenazado con inundar un día el cuarto de baño, rompiendo la cañería principal cuando todos estuvieran durmiendo.

Y por si acaso tal amenaza bíblica no surtía todo su efecto conminativo, Lorenzo lanzó un ultimátum:

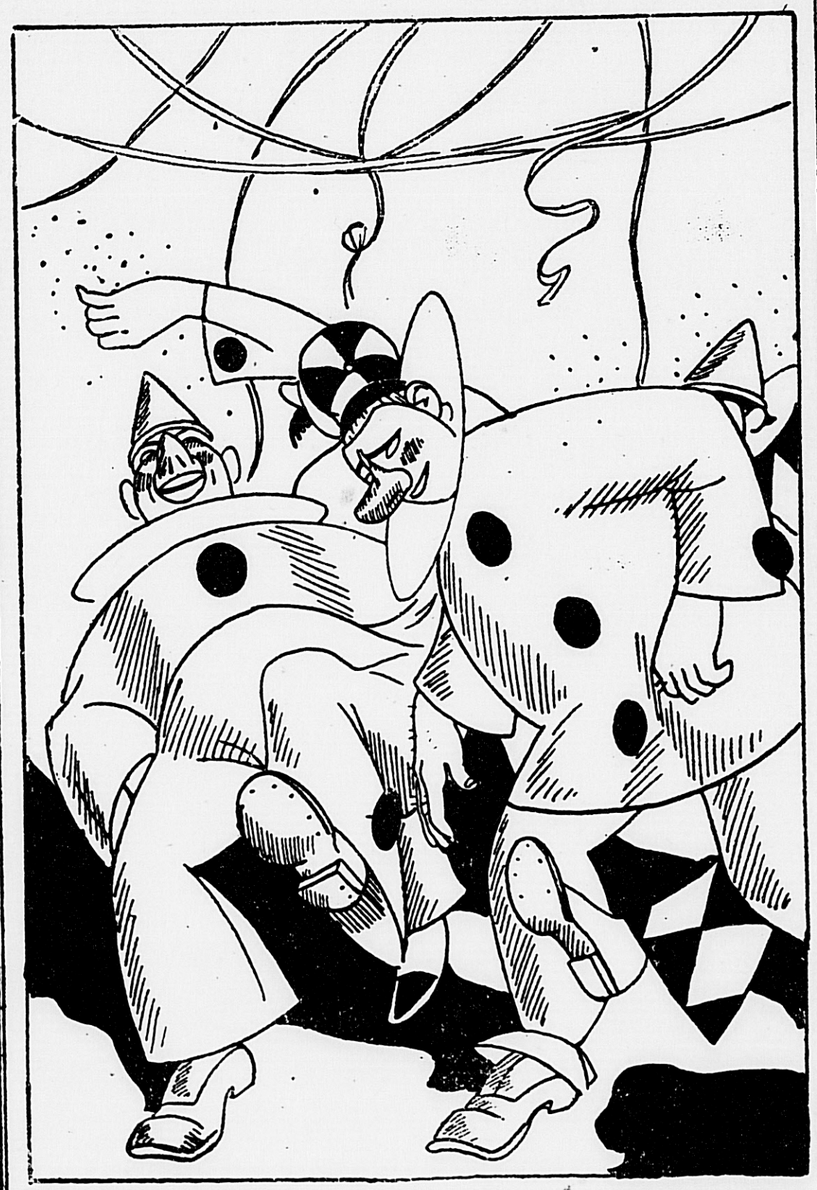
—Si antes de una semana no ha despejado esa gente, tú y yo no nos volvemos a ver más en la vida.

Había llegado el Carnaval, esos cuatro días de tontería colectiva que llegan indefectiblemente todos los años.

El lunes de Carnestolendas—como dicen los escritores castizos—los viajeros de Jaén tomaron una decisión heroica.

¿Marcharse de Madrid? No. La decisión era heroica, pero no tanto.

Lo que acordaron fué disfrazarse de máscaras, y como el acuerdo fué general, el conjunto resultó una comparsa que, lanzada al paseo de la Castellana, hubiera sido acaso el primer premio de ellas, a no ser porque mucho antes de llegar a la estatua de Castelar



Había llegado el Carnaval...

unos guardias hubieron de detener a todos y conducirles a la Comisaría más próxima.

La cosa fué porque el elemento masculino de la comparsa—y sobre todo el corredor de aceites y el esposo de la Micaela—se produjo de forma tan escandalosa, gracias al estado de embriaguez en que estaba sumido, que una de sus manifestaciones jocundas fué la de desposeerse colectivamente de los pantalones de pierrot con que se adornaban. Hay que advertir que la mayoría de ellos, para abreviar, no llevaban calzoncillos...

Se ha dicho antes que la totalidad de la tribu de Jaén se vistió de máscara aquel día, y la cosa no es del todo exacta: hubo una excepción, Juanita, la apetitosa hija de la tía Antonia, la cual, afirmando tener desde por la mañana un fuerte dolor de cabeza, hubo de quedarse en la casa mientras sus parientes y paisanos se lanzaban a la voluptuosidad de la fiesta de la alienación.

Quería dormir y no estaba para oír ruidos. Quedóse solita en el cuarto de baño, y apenas se marcharon todos dejóse caer en uno de los colchones ensabanados que servían de lecho a la familia.

La garrida moza estaba sola en la casa. Amalia había salido también, pues Lorenzo había venido a buscarla en un coche del Casino para ir a dar un paseo por la Moncloa aprovechando la esplendidez del día. Las criadas, como día de asueto, habían salido también.

Juanita había quedado, por tanto, como guardiana de la casa, y encargada de abrir si alguien llamaba: por eso, sin duda, no estaba tranquila.

Cada vez que sentía pasos en la escalera, o que a ella se le imaginaba sentirlos, daba un respingo de ansiedad. Parecía esperar a alguien que ya tardaba en venir.



... dejóse caer en uno de los colchones...

Y ella, que había formado el propósito de esperar a ese alguien tranquilamente tumbada en el lecho, acabó por levantarse de él y empezar a dar unos paseos muy nerviosos por toda la casa.

Juanita estaba transfigurada: en su cara picaresca de retozona rural había esa mueca agresiva de la persona que está decidida a todo, y su pecho, aquella mole maciza, que era quizá uno de sus mayores encantos, tenía esa palpitación anhelante del órgano que está deseando realizar la función para que fué creado.

En los pocos días que llevaba en la Corte se había aseñoritado algo: vestía una bata obscura que Amalia le había regalado, y que ella, ciñéndola mucho de la cintura y abriéndola del pecho todo lo que pudo, había convertido en la prenda más voluptuosa del mundo.

El timbre de la puerta resonó con cierta

timidez. Juanita, triscando como una corza, pero sin hacer ruido, fué a abrir.

En el marco de la puerta se dibujó la figura de una máscara que lucía un disfraz original: venía vestida de fontanero, traje azul de mecánico, gorrilla negra, y colgada del hombro esa cajita de plomo, forma de estuche de alhajas, destinada a guardar los útiles y que es uno de los distintivos del oficio. Sólo que esta máscara, por un rasgo de suprema delicadeza, en vez de herramientas había llenado la caja de confetti y bombones purgantes.

Sin decir nada el uno al otro, como si todo estuviera acordado de antemano, el fontanero penetró y la puerta del piso se cerró tras él. Una vez dentro arrancóse la careta—un antifaz color plomo: había que estar en los toques—, y Juanita le osculó con pasión en el rostro.

—Oye, negra, supongo que estaremos solos.



... venía vestida de fontanero...

—¡Digo! Completamente solos.

—¿Y Amalia?

—No volverá lo menos hasta las ocho.

—¡Bien!

—¿Qué hora es ahora?

—Las cinco.

—Ya ves: tenemos tres horas.

—Pues en tres horas, tú y yo vamos a hacer trescientas diabluras.

Se habían agarrado por la cintura y se encaminaban al cuarto de baño. Al llegar a él el hombre despojóse de la gorra y de la caja del oficio, y uniéndose a Juana como si entre ambos mediase una capa de sindeticón, dejóse caer con ella sobre el mismo colchón de que poco antes se había levantado la moza.

Los preparativos juguetones fueron muy profusos. Cuando llegó el momento del aguanten el miraguano del colchón no se quejaba, porque era poco amigo de perder el tiempo en lamentaciones inútiles.

La Moncloa estaba aquella tarde de Carnaval de una placidez que casi llegaba a empachar: hasta las severas frondas del parque velazqueño no llegaba el bullicio carnavalesco más que en forma muy amortiguada: alguna máscara, por lo general un dependiente de comercio disfrazado de ama de cría, que se había corrido hasta aquellas alturas con ánimo de saborear sus nostalgias en plena soledad. ¡Oh, el sabor literario de la máscara triste!...

Amalia, metida en el coche con Lorenzo, se aburría de una manera decidida. Ella no amaba el Carnaval de la Castellana, entre

otras razones, porque al pasar en su carruaje descubierto por delante de las tribunas de los círculos los socios la decían cada burrada que se ponía rojo hasta el claxon del vehículo. Y como la mayor parte de aquellas burradas eran verdad y obedecían a un testimonio de observación directa, *la Palo Santo* pasaba muy mal rato.

Pero aquí en la Moncloa se aburría. Acaso, sin darse de ello muy clara cuenta, echaba de menos las burradas de la Castellana.

Además, daba la coincidencia de que Lorenzo no era precisamente un *causseur*. En su conversación estaba más cerca de la monotonía ideológica de un lego, que de la variedad piruetística de un hombre de mundo.

Nada tiene, pues, de extraño, que al cabo de un rato, no muy largo, de paseo, y cuando ya habían pasado dos veces ante la Escuela de Agricultura, Amalia dijese a su amigo:

—¿Y si nos volviésemos a Madrid?

Lorenzo, que por acompañar al paseo aquella tarde a su amante había renunciado a su habitual partida de tresillo en el Casino, vió el cielo abierto de par en par.

—Como tú quieras, hijita. Por mi...

Y se volvieron.

Al pasar por la calle de Alcalá, Amalia dejó a Lorenzo en el Casino y continuó a su casa.

Cuando *la Palo Santo* se apeó del vehículo a la puerta de su domicilio eran las seis y media de la tarde. El ascensor la puso en un momento en su piso, y sacando del bolso de mano el diminuto llavín abrió la puerta de entrada a él.

No la chocó el silencio que reinaba en la casa: no era hora aún de que hubiese vuelto nadie, y en cuanto a Juanita, de seguro estaba tranquilamente durmiendo en el cuarto de baño.

¡Qué muchacha más rara! ¡Mira que quedarse en casa en un día como el de hoy!

En efecto, en el cuarto de baño había luz. Amalia quitóse el sombrero y el abrigo, dejólos sobre una butaquita del gabinete y fué derecha a la estancia hidráulica.

No quería hacer ruido por si acaso su prima estaba durmiendo. Abrió la puerta con cautela, y antes de mirar al interior la sorprendió un ruido de risas y un chapoteo en una superficie de agua.

¿Qué era aquello?

Avanzó y miró. Dentro de la bañera grande, llena hasta el borde del líquido elemento, que debía estar hirviendo dada la cantidad de humo que exhalaba, había dos personas: naturalmente, estaban desnudas por completo.

La misma densidad de la humareda no le dejó distinguir al principio de quiénes se



... para tiberio, el que se iba a armar allí...

trataba; pero acercándose fijóse bien: una de ellas era Juanita, no le cabía duda.

La bata y la camisa de su prima estaban allí, tiradas en el suelo, a muy poca distancia del baño. Junto a las prendas había un traje completo de mecánico.

¿Qué locura era aquella? ¿Con qué individuo de la Casa del Pueblo practicaba Juanita aquella voluptuosidad hidráulica que tanto amaba el emperador Tiberio?

Pero para tiberio, el que se iba a armar allí.

Amalia se fijó más aún, y como en aquel momento el fontanero volvía la cara, sorprendido por la entrada de alguien en la habitación, la mujer pudo verle bien. ¡Era Olegario! ¡Su chulo! ¡La única ilusión de su vida!

.....

Diez minutos después el falso fontanero

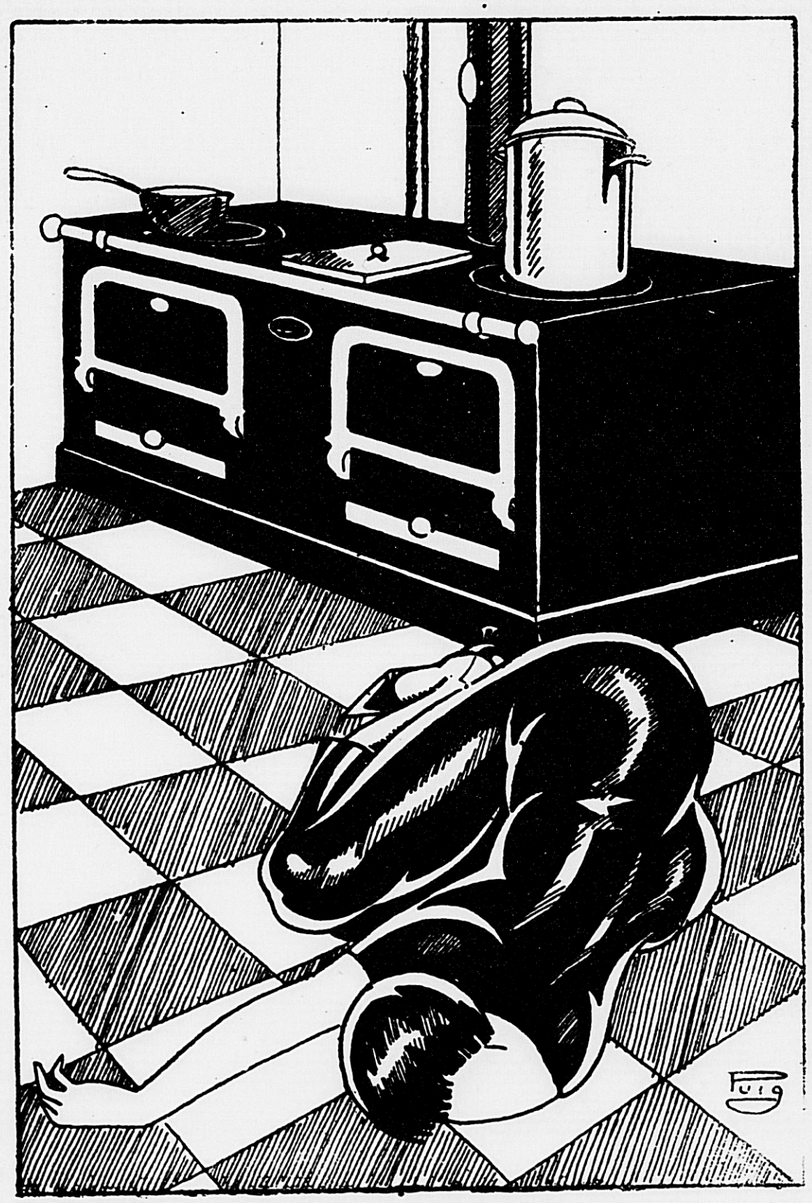


... estaba en la portería de la casa envuelto...

estaba en la portería de la casa envuelto en un tapete que piadosamente le había facilitado el portero: Amalia, a patadas, le había sacado desnudo y chorreando a la escalera y había cerrado la puerta. El portero teniendo en cuenta que aquel sujeto no podía salir así a la calle, porque en Carnaval son lícitos todos los disfraces menos el de Adán, se había apresurado a cubrir sus desnudeces, en espera de que le devolvieran su ropa.

Juanita—ésta con la bata puesta—había tenido que ir a una policlínica que había allí cerca, a la vuelta de la esquina, a que la curasen unas equimosis que tenía junto a un ojo, y a que le difuminasen un poco un extenso sombreado que tenía alrededor del otro.

Y Amalia Gutiérrez, *la Palo Santo*, yacía en el suelo de la cocina de su casa presa de un síncope de protagonista de melodrama.



... yacía en el suelo de la cocina...

Al día siguiente la pobre Amalia se instaló en el Hotel Palace, y por medio de Lorenzo lanzó su ultimátum: ella estaba dispuesta a no volver a su casa hasta que toda su canallesca parentela de Jaén no hubiese levantado el campo.

Y fué más allá en la imposición de sus condiciones: una vez desocupada la casa debía procederse a una desinfección escrupulosa del cuarto de baño, dejando después transcurrir cuarenta y ocho horas.

No habrá que decir que Lorenzo se apresuró a ejecutar la orden. ¡Como que no tenía él ganas de que toda aquella gentecilla se marchase!

Claro que Amalia explicó a su amigo la película de modo que para nada tuviese que figurar en ella Olegario, de cuya existencia no tenía Lorenzo más que ideas muy vagas. Según *la Palo Santo,* al volver ella a su casa en la tarde de Carnaval se había encontrado a su primita refocilándose—en el sentido más indecente de la palabra—con el dependiente de una tienda de ultramarinos del barrio. ¡Y eso no podía ella consentirlo, caramba! De seguir allí aquella gente acabarían por hacer moneda falsa en su propia casa.

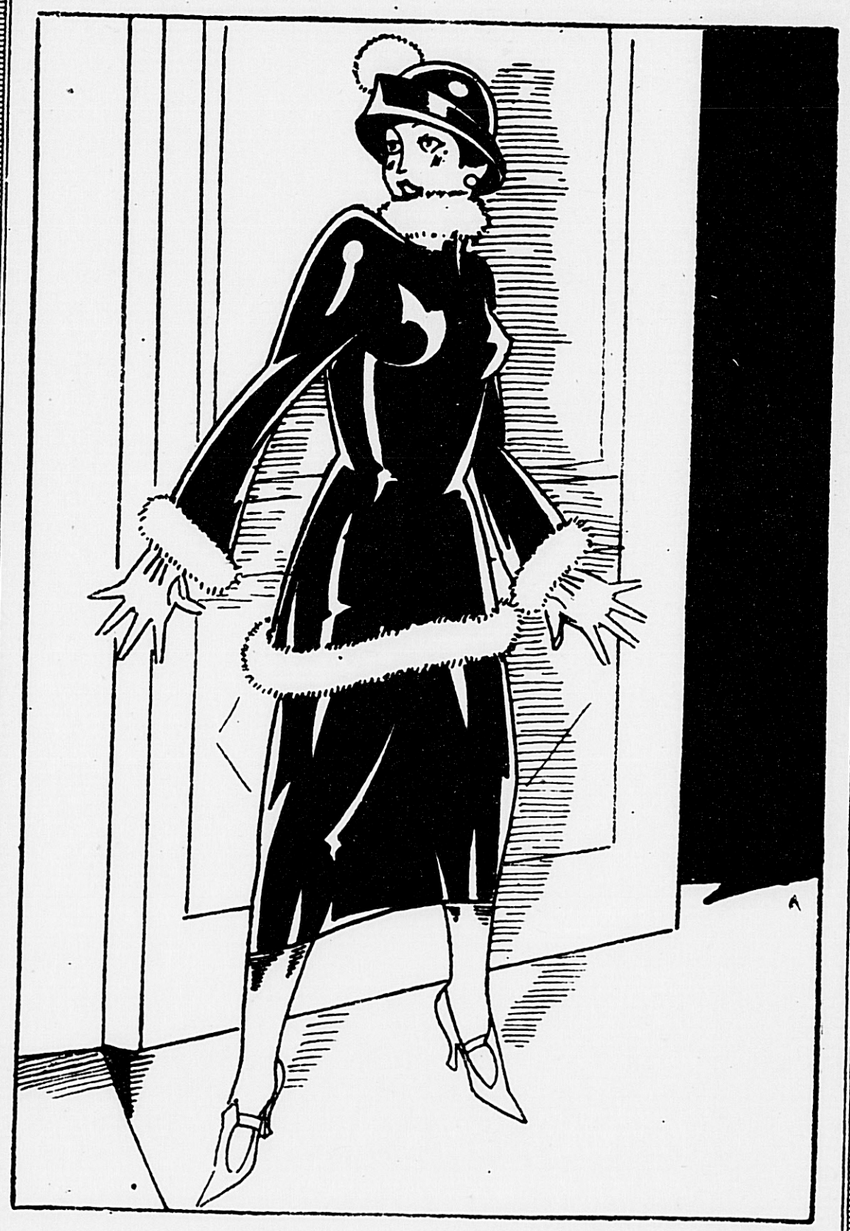
Y aunque luego, al ponerse Lorenzo en comunicación con la tribu, enteróse de la verdad de lo ocurrido, pues Juanita lo había confesado todo, el buen hombre optó por hacerse el chivo demente, y sin querer entrar en explicaciones limitóse a ejecutar la orden recibida con todo rigor.

Dos días después los de Jaén se volvían a Jaén, y en la casa de *la Palo Santo* empezaba a renacer la calma. Amalia, venciendo cierta repugnancia instintiva, entró de nuevo en el cuarto de baño y la vida siguió su curso.

Pero por lo mismo que lo siguió y la vida es de suyo tan perra, no había pasado aún una semana cuando una noche, como *la Palo Santo* bajase las escaleras de una casa de la plaza del Rey, en cuyo piso segundo vivía una echadora de cartas a la que Amalia visitaba mucho, se tropezó de manos a boca con una pareja que la dejó completamente helada.

Tan helada, que no tuvo ánimos para articular una sola palabra, y eso que el caso era para romper en chillidos, en golpes y hasta en tiros.

Porque aquella pareja, que subía muy



... no tuvo ánimos para articular palabra...

amarteladita en dirección al piso principal de la casa, donde había instalado su nido, la formaban Lorenzo y una de las mozas que habían venido de Jaén y habían estado dando la pelma en casa de Amalia durante tantos días: era la mayorcita de las dos hermanas del bizarro militar que servía en la Corte. El único verso suelto que se había quedado en Madrid al tornar la tribu a su país natal.

Amalia, medio desmayada, bajó las escaleras, y aun tuvo fuerza para interviuvar a la portera, pagándole cinco duros por la interviú. Gracias a ellos se enteró de todo: desde hacía una semana, don Lorenzo había instalado en la casa a aquella pájara a todo lujo.

La Palo Santo tuvo que tomar un taxis para volver a su casa: no podía andar.

A la mañana siguiente, muy temprano, recibió una carta de Lorenzo, que no se atrevía a dar la cara: en ella se lo confesaba todo.

La pequeña de pueblo, cada vez que él entraba en el cuarto de baño, casi siempre por mandato de Amalia, estaba con él tan cariñosa, que... al cabo no tuvo más remedio que rendirse.

Amalia Gutiérrez, *la Palo Santo*, estaba desahuciada por la vida, porque la vida no tenía ya para ella atractivos de ninguna clase.

Yo no sé, lector, si tú apreciarás bien el significado de esa frase, porque cuando la vida ya no nos ofrece atractivo alguno, así en absoluto, uno se suprime.

Y eso fué lo que hizo Amalia.

Una mañana, pocos días después del doble desengaño, la pobre golfa, luego de haber adoptado ciertas disposiciones de esas que sólo se adoptan a la hora de la muerte, tales como romper ciertas cartas comprometedo-



Llegaron los huevos...

ras, encomendar el alma a Dios y pagar los atrasos del inquilinato, repartió entre sus criadas sus joyas y vestidos y las despidió, sin decirles la causa.

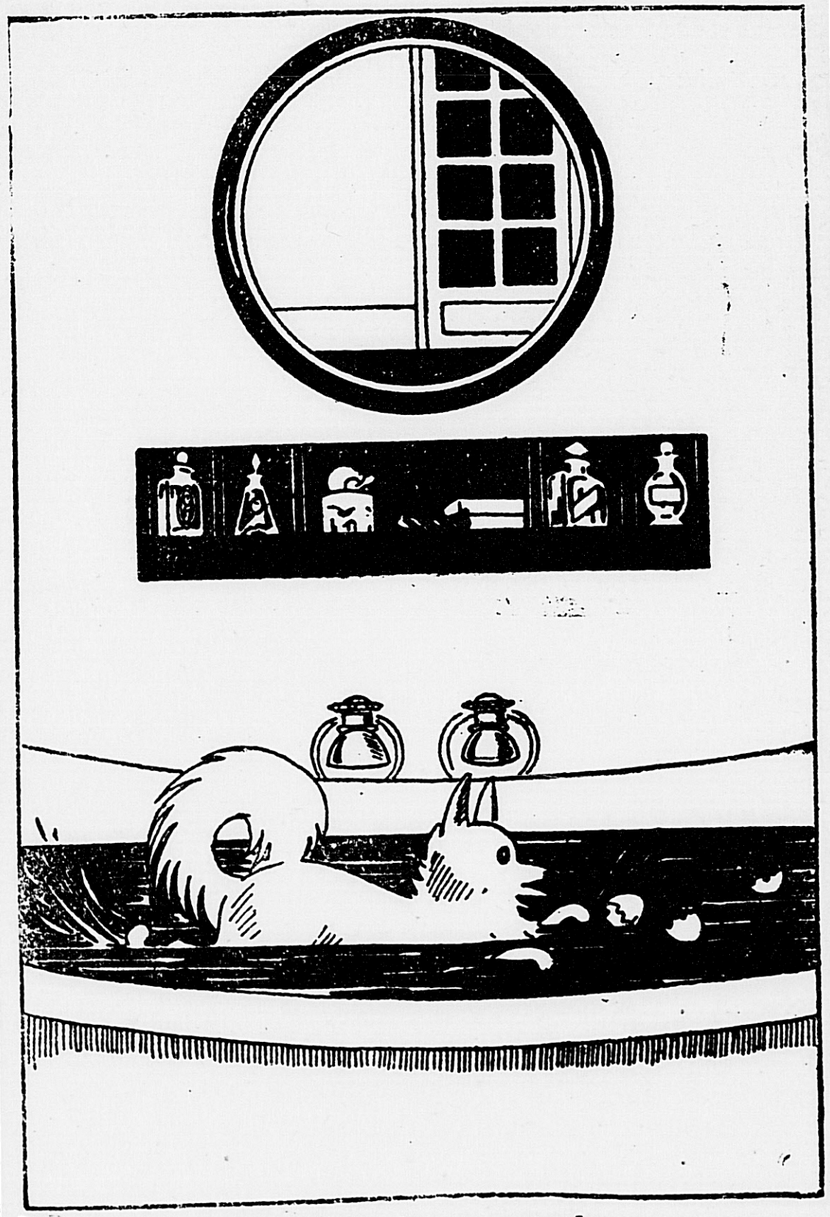
Unicamente a Encarna, la doncella, rogó que esperase aún media hora en el vestíbulo de la casa por si a ella se le ocurría llamar.

Entró en el cuarto de baño, y llenando hasta arriba la bañera de agua muy caliente, casi hirviendo, sumergióse en ella en compañía de *Pirandello,* el inteligente cachorro de lulú, que ya había crecido lo suyo.

No se trataba de morir ahogada: los proyectos de Amalia revestían una mayor elegancia. Ella había oído hablar de Séneca...

Pero antes de morir, y por efecto sin duda del agua caliente, sintió una extraña debilidad. Llamó al timbre, que tenía al alcance de la mano:

—Encarna, tráigame un par de huevos



Pirandello las perseguía....

pasados por agua. Los tomaré aquí mismo.

Llegaron los huevos, pero sin duda por las prisas, no venían tan cocidos como *la Palo Santo* los amaba. Vaciló un momento; pero el remedio estaba allí, al alcance de la mano: sumergió los huevos en el agua del baño, y al cabo de medio minuto—y después de haber rezado un Credo—estaban más duros que la cabeza de un intelectual.

Con el abrochador de las botas, Amalia se abrió una vena del muslo...

Al poco rato en el agua rojiza del baño flotaban las cáscaras de los huevos como almas en pena. *Pirandello* las perseguía.

Joaquín Belda

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

Noche de San Juan

POR

Alfonso Vidal y Planas

ILUSTRACIONES DE
BALDRICH

MUCHAS GRACIAS

30 cts

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR
ARTEMIO PRECIOSO

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID,